

El acto de fe en *Introducción al cristianismo* de Joseph Ratzinger

Javier Ayala Birrell, L.C.

Licenciado en filosofía y bachiller en teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

Introducción al cristianismo¹ (1968) de Joseph Ratzinger cumple cincuenta años. Decenas de ediciones y reimpresiones demuestran el gran interés que esta obra —un verdadero clásico— sigue suscitando. La fascinación que ejerce el pensamiento del teólogo alemán se ha llegado a comparar con el atractivo de las grandes catedrales góticas. Ratzinger es reconocido como un pensador profundamente orgánico y sinfónico² al que le «gusta pensar con la fe de la Iglesia»³.

En el prólogo a la primera edición advierte de la intención de esta obra: «ayudar a una nueva comprensión de la fe como la realidad que posibilita ser auténticos seres humanos en el mundo de hoy»⁴. Antes de entrar en el contenido de la fe cristiana, dedica todo un capítulo introductorio a tratar de entender qué es la fe. Descubrir «el significado de la frase “yo creo” —credo— cuando la pronuncia un ser humano»⁵ es el mismo objetivo que pretende este trabajo.

A lo largo de nuestra exposición veremos cómo el entonces profesor de Tubinga comienza escudriñando qué es la fe en general —la fe como una «forma de actitud espiritual»— para después llegar a lo que implica el *acto de fe* cristiano: «yo creo». No se trata de una división mecánica entre ambas fa-

¹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2009¹⁵. Título original: *Einführung in das Christentum*, Kösel-Verlag GmbH & Co, Munich 1968.

² Cf. P. BLANCO, *La teología de Joseph Ratzinger: una introducción*, Palabra, Madrid 2011², 7-13.

³ J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio*, Palabra, Madrid 1998³, 72.

⁴ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 34.

⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 63.

ses, sino de un desarrollo orgánico. El acto de fe cristiano implica una toma de decisión frente a la realidad, lo que él llama el *salto de la fe*.

La fe es el fundamento. Para saber cómo anunciar mejor a Jesucristo en el mundo actual, Ratzinger lo primero que hace es estudiar en qué consiste la fe en general y el acto de fe de cada creyente en particular. En primer lugar, el profesor bávaro aplica sus conocidos principios personalistas a la naturaleza del acto de *fe*, donde las categorías de persona, razón y relación encuentran una profunda unidad⁶.

No es fácil para el ser humano romper la inercia de creer *solo* en lo que ve. Para lograrlo debe *convertirse*. El futuro papa es consciente de que creer en lo invisible constituye un primer *escándalo cristiano*, que se intensifica por el valor que la fe reconoce al pasado y que llega a su ápice con el *positivismo cristiano*: Dios en la historia.

Esta conversión —ya ardua para nuestra naturaleza volcada a lo sensible— se dificulta por el pensamiento moderno que permea toda nuestra cultura. Ante la cual, Ratzinger siempre ha sostenido que «la fe no es una forma aminorada de ciencia natural, un paso previo antiguo o medieval que debe desaparecer cuando llegue lo auténtico, sino algo esencialmente distinto»⁷. Si quiere difundir la fe y ayudar a una nueva comprensión, sabe que debe asumir el reto de la razón y los límites de la comprensión moderna de la realidad, por eso se detiene en una crítica a esta razón moderna. Esta defensa de la fe no solo será un tema del teólogo Ratzinger, sino también uno de los temas-estrella de su pontificado⁸. Benedicto XVI lleva la «intención antifideísta a un nuevo nivel de reflexión e insiste en el hecho de que la fe cristiana no es una fe ciega o un “fanatismo”, sino fe que ve»⁹.

Sin embargo, la fe no ve ni conoce en el plano del *saber-hacer*, sino del *permanecer-comprender*. Es decir, toca la dimensión del sentido y de la verdad, cuestión a la que parece haber renunciado el mundo moderno. El cristiano no encuentra el sentido de su vida y del cosmos en un simple principio espiritual superior, sino en una *Persona*. «La fe será —como veremos— una amistad, una confianza que engendra conocimiento»¹⁰.

⁶ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», *Scripta Theologica* 2 (2012), 292.

⁷ J. RATZINGER, *Fe y futuro*, Sígueme, Salamanca 1973, 22-23.

⁸ Cf. P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 292.

⁹ R. SPAEMANN, «Benedicto XVI y la luz de la razón», en Aa.Vv., *Dios salve la razón*, Encuentro, Madrid 2008, 174.

¹⁰ P. BLANCO, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, Rialp, Madrid 2005, 83.

I. El salto de la fe

1. Duda y fe

Ratzinger comienza el libro situando al hombre, cuando se enfrenta a la cuestión de Dios, entre la duda y la fe. Deja claro desde un inicio que la fe no es algo que pueda asirse con la mano, sino que implica siempre dejar atrás la supuesta seguridad y *dar un salto*¹¹. La fe, en su núcleo, es una entrega¹². Para el creyente, «el océano de la inseguridad es el único lugar que se le ha asignado para vivir su fe»¹³. En toda época y en todo hombre, duda y fe están destinadas a convivir. Especialmente en nuestros días marcados por el relativismo: «Este relativismo, que hoy en día es el sentir fundamental del hombre ilustrado y que penetra extensamente hasta en la teología, es el problema más hondo de nuestro tiempo»¹⁴.

No solo los creyentes dudan: *quizá no existe*, también los que no creen se enfrentan a la fe en forma de duda: *quizá sea verdad*. Es una realidad de hecho: así como hasta los santos han experimentado grandes dudas de fe, también hay ateos que se han visto asaltados por la misma fe, acabando, no en pocos casos, convertidos.

Nadie puede sustraerse totalmente a la duda o a la fe. Para uno la fe estará presente *a pesar* de la duda, para el otro *mediante* la duda o *en forma* de duda. Es ley fundamental del destino humano encontrar lo decisivo de su existencia en la perpetua rivalidad entre la duda y la fe, entre la impugnación y la incertidumbre¹⁵.

Para Ratzinger, los no creyentes, también adoptan una actitud de fe para mantenerse en su incredulidad. No dice que los ateos *tienen fe* en el sentido de que crean en Dios o en algún poder superior. Pero sí da a entender que negar a Dios y excluirlo de la realidad es ya una actitud frente a esa realidad, una decisión que va más allá del conocimiento y de la razón: una actitud de fe. De este modo, afirma que la fe es una cuestión ineludible: «al rechazarla, se da uno cuenta que la fe no puede rechazarse»¹⁶. Quienes niegan la fe también lo hacen en *forma de fe*. Todo hombre, en algún momento de su

¹¹ En este trabajo hemos adoptado algunas formas de lenguaje divulgativo, emulando o imitando el estilo de *Introducción al cristianismo*.

¹² Cf. J. RATZINGER, *Fe y futuro*, 25.

¹³ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 44.

¹⁴ J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005⁴, 65.

¹⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 45.

¹⁶ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 45.

existencia, tiene que tomar una decisión y adoptar una actitud de fe frente a la realidad.

Me parece ineludible ver con absoluta claridad cómo cada hombre tiene que tomar postura de algún modo en el terreno de las decisiones fundamentales; y esto solo puede hacerse en forma de fe. Hay un terreno en el que no cabe otra respuesta que la de la fe, a la que nadie puede sustraerse. Todo ser humano tiene que «creer» de algún modo¹⁷.

2. *La fe como una opción fundamental ante la realidad*

Una vez demostrada la irrenunciabilidad de la fe, Ratzinger busca explicar en qué consiste esta actitud de fe que todo ser humano, de una u otra forma, debe asumir. Abrazar la fe es una auténtica aventura a causa del abismo infinito que existe entre el creyente y Dios. La aventura consiste en *creer en algo que no ve*: «Dios es, por tanto, el esencialmente invisible para los hombres, el que cae y siempre caerá fuera del campo visual humano»¹⁸. Por mucho que se alargue ese campo visual y se extiendan sus límites, por grandes que sean los avances de la ciencia y de la técnica, por potentes que puedan ser los telescopios y medidores de ondas, «Dios es aquel que queda *esencialmente* fuera de nuestro campo visual»¹⁹. Todo intento de llegar a Dios —o a la totalidad de la realidad, que es lo mismo— solo a través de nuestros sentidos es inútil y está destinado al fracaso.

Entonces se presentan dos opciones. La opción del no creyente es aquella que identifica la totalidad de la realidad con lo que ve o puede ver —ya hemos expuesto que para Ratzinger esta decisión es también una forma de fe—. Su postura fundamental frente a la realidad es: *solo creo en aquello que veo o puedo ver, sea por mí mismo sea por la ciencia, solo existe esto; a Dios no se le ve por ninguna parte, Dios no existe*. La opción del creyente será la contraria: no identificar la totalidad de la realidad *solo* con aquello que puede captar con sus sentidos o la ciencia puede descubrir. No, el creyente dice: *creo que hay Algo o Alguien más allá de lo que puedo ver, que es precisamente más real que toda la realidad que tengo frente a mis ojos, que la sostiene y da sentido a todo lo demás*. De esto se trata el *salto de la fe*, de ir más allá de lo que percibimos en la experiencia natural *creyendo* que hay una *Realidad* que sostiene toda la realidad. Ratzinger llega así a un primer esbozo de la actitud que se presenta en la palabra «credo».

¹⁷ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 65.

¹⁸ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 48.

¹⁹ *Ibid.*

Significa que en su ver, oír y comprender, el hombre no contempla la totalidad de lo que le concierne; significa que el hombre no identifica el espacio de su mundo con lo que él puede ver y comprender; sino que busca otra forma de acceso a la realidad, a la que llama fe y en la que encuentra el punto de arranque decisivo de su concepción del mundo. Si esto es así, la palabra credo entraña una opción fundamental ante la realidad como tal; no significa afirmar esto o aquello, sino una forma primaria de situarse frente al ser, la existencia, lo propio y todo lo real²⁰.

Ratzinger presenta la fe como una «opción fundamental ante la realidad». Antes que afirmar cualquier contenido, es una afirmación sobre el todo. «La fe es una apertura a la realidad, que conviene solo al que confía, al que ama, al que actúa como hombre»²¹. Es verdad que la fe, siendo esta opción radical del hombre, debe comportar una dimensión intelectual:

Se la fede è opzione radicale dell'uomo, profondamente libera e responsabile, se essa è la decisione più autenticamente umana, nella quale l'uomo si realizza e si salva, se in essa l'uomo dà senso a sé e al mondo, essa deve essere atto sensato, deve aver luce di comprensione, deve comportare una dimensione intellettuale²².

En la teología de Ratzinger la razón no es jamás ajena a la fe, que pide comprensión, y «contiene siempre un momento racional. En el acto de fe existe ese momento y esa dimensión racionales, los cuales constituyen una instancia irrenunciable de toda verdadera fe»²³. Pero esta dimensión intelectual no es el primer paso y por eso el autor de *Introducción al cristianismo* habla del *salto de la fe*. Lo que afirma en este punto es que el tomar una postura en el terreno de las decisiones fundamentales solo puede hacerse en forma de fe.

Obviamente no niega el papel de la razón en la búsqueda de la verdad, simplemente sostiene que el primer paso en esta búsqueda es una opción fundamental en forma de fe: aceptar que la realidad no se identifica solo con lo que podemos ver. Por lo demás, es ampliamente consabido que la complementariedad entre fe y razón es uno de los fulcros de la teología de Joseph Ratzinger y de su magisterio como Benedicto XVI. La aventura de la fe siempre irá ligada a la razón pues «la fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las

²⁰ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 48.

²¹ J. RATZINGER, *Fe y futuro*, 23.

²² G. BOF, «Fede», en G. BARBAGLIO - S. DIANICH (edd.), *Nuovo Dizionario di Teologia*, Edizioni Paoline, Milano 1991⁶, 523.

²³ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 294.

dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad»²⁴. Pero todo iniciará con ese *salto* que implica la fe.

3. *La fe implica una conversión*

Entonces la fe, como actitud general, es una decisión con la que afirmamos que la comprensión del mundo y de la existencia humana no puede ser sostenida ni sustentada solo por lo visible. Ratzinger explica que a esta actitud se llega solo por medio de una «con-versión», aquello que la Biblia llama «vuelta». Pues «el hombre tiende, por inercia natural, a lo visible, a lo que puede coger con la mano, a lo que puede comprender como propio»²⁵. Si el creyente era aquel que decía: *creo que hay Algo o Alguien más que lo que veo*, tiene que reconocer que su instinto es justamente el contrario: *tiendo a creer solo en lo que veo*. Por este motivo, para aceptar la fe el hombre tiene que cambiar por dentro «para darse cuenta de lo ciego que es al fiarse solamente de lo que sus ojos pueden ver»²⁶. Dicho en otras palabras, si por inercia natural el hombre cree que es real solo aquello que ve, para comenzar a *creer* en lo que no ve —para *dar el salto*— debe vencer esa fuerza que lo liga a lo visible. Esto solo puede hacerlo él y nadie más por él. Este cambio supone una verdadera decisión que lo tocará en lo más íntimo de su existencia humana. Sin esta *conversión* no será posible dar el salto de la fe.

Sin este cambio de la existencia, sin superar esta inercia natural, no es posible la fe. La fe es la con-versión que hace ver al hombre que persigue una ilusión cuando se queda exclusivamente en lo visible. He aquí también la razón profunda por la que la fe no se puede demostrar: es un cambio del ser, y solo quien cambia la acoge. Y como nuestra inercia natural no cesa de empujarnos en otra dirección, la fe es un cambio que hay que hacer todos los días; solo en una conversión que dure toda nuestra vida podemos percartarnos de lo que significa la frase «yo creo»²⁷.

Como hemos explicado, el creyente no se libra de la duda ni de la incredulidad una vez que ha hecho su opción fundamental: «yo creo». No, dado que Dios siempre permanecerá fuera de su campo visual ordinario y él tenderá por inercia natural a creer solo aquello que ve, tendrá que vivir en una permanente *conversión*. Podríamos pensar que esta *conversión* es solo difícil en nuestros días, que antes era más fácil pues todos creían y la

²⁴ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14 de septiembre de 1998), proemio.

²⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 49.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 49.

ciencia no había llegado aún con su pretensión de abarcar *toda* la realidad y de negar aquello que no pudiera someterse a sus micro o macro-lentes.

Sin embargo, la fe ha significado, no solo ahora, sino en toda época un verdadero *salto* para el creyente, una ruptura con la inercia natural que lo retiene en el campo de lo visible. Por eso, en el pensamiento teológico de Joseph Ratzinger la fe involucra la libertad: el hombre debe pronunciar un «Sí»²⁸.

La fe siempre tiene algo de ruptura arriesgada y de salto, porque en todo tiempo implica la osadía de ver en lo que no se ve lo auténticamente real, lo auténticamente básico. La fe nunca fue una actitud que por sí misma tenga que ver con lo que agrada a la existencia humana. La fe siempre fue una decisión que afectaba a la profundidad de la existencia, un cambio continuo del ser humano al que solo se puede llegar mediante una resolución firme²⁹.

II. El dilema de la fe hoy

1. El escándalo cristiano hoy

Hasta ahora hemos expuesto que la actitud de fe comporta una ruptura con la tendencia natural del hombre a considerar real solo lo visible. Podemos hablar de un primer *escándalo cristiano* que se da en la tensión *visible-invisible*: el cristiano que dice «yo creo» cree en lo invisible. Este obstáculo lo han debido sortear todos los cristianos desde la Iglesia primitiva –y, en un sentido más amplio, cualquier persona que *crea* que la realidad es más amplia de lo que ve, aunque profese otra religión–. Sin embargo, Ratzinger explica que la dificultad de asumir existencialmente el acto de fe, el «yo creo» de la fe cristiana, no acaba en ese primer escándalo. «Al abismo entre lo “visible” e “invisible” hemos de añadir otro que agrava aún más la situación: el de lo “pasado” y lo “actual”»³⁰. El escándalo cristiano se refuerza en nuestros días por la oposición *ayer-hoy*.

En efecto, hoy se realza y entrona al progreso por todas partes, no a la tradición. Lo bueno, lo definitivo, lo grande está por venir. Todo lo pasado pierde valor y apenas se le deja lugar en los museos. Si antes la tradición era un lugar seguro al cual referirse, hoy se le ve con sospecha como algo superado o pasado de moda.

²⁸ Cf. P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 293.

²⁹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 49.

³⁰ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 50.

Uno dei grandi maestri di Ratzinger, Josep Pieper (1904-1997), avverte che la moderna ragione “emancipata” interpreta la tradizione in termini di stretto ancoraggio al passato, nella cieca accettazione di un’*auctoritas* esterna. Ne consegue che in tale visione la tradizione costituisce per l’uomo un intralcio a guardare il futuro³¹.

Lo que cuenta es el progreso, la evolución, ir hacia delante y dejar el pasado atrás. ¿A quién le importa cómo se comunicaban entre el viejo y el nuevo continente en la época del descubrimiento de América? Lo que interesa es que *hoy* estamos globalmente comunicados y estamos ansiosos de conocer los nuevos adelantos tecnológicos que mañana nos permitirán comunicarnos quién sabe de qué modo. Tenemos que reconocer que este desprecio por lo pasado y la casi adoración al progreso es parte de la cultura que nos envuelve. Este ambiente también ha permeado la teología y afectado el modo en que nos enfrentamos a la fe. Basta tener un mínimo de experiencia en catequesis juvenil para tocar, en toda su crudeza, este segundo escándalo cristiano de la antítesis *pasado-presente*. Las iglesias vacías –sobre todo en Europa, pero no solo–, la drástica caída de vocaciones y el desinterés generalizado de los jóvenes por la fe parecen gritar: ¡el cristianismo es de ayer! Hoy solo creemos en el progreso.

A quien considera el futuro como su propio deber y posibilidad, la fe, presentada con la etiqueta de «tradición», le parecerá una cosa superada; la fe no podrá, por tanto, abrirle el lugar de su existencia. Esto significa que el primer escándalo de la fe, la distancia entre lo visible y lo invisible, entre Dios y lo que no es Dios, se tapa y bloquea con un segundo escándalo, con la antítesis entre ayer y hoy, entre tradición y progreso, y por la vinculación con el pasado que parece suponer la fe³².

Ratzinger aclara que todos los intentos de «desmitologización», si se habla desde una perspectiva académica, o de «*aggiornamento*», si se considera el horizonte pastoral, no cambian nada la situación. Al contrario, parecen reforzar la sensación de que la fe pertenece exclusivamente al pasado y lo que intentamos no son sino esfuerzos desesperados por hacerla parte del presente. Percibimos que, justamente porque es *del* pasado, hay que buscar formas de hacerla actual.

Ya no se trata solo de dar el salto de lo visible a lo invisible. Si nuestra fe se basa en un personaje histórico que vivió hace más de dos mil años, también parece pedirnos –a nosotros hombres modernos del progreso– que demos

³¹ F. LÓPEZ ARIAS, «Il contributo di Joseph Ratzinger alla teologia dello spazio liturgico», *Annales Theologici* 1 (2016), 84.

³² J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 51.

un salto del presente al pasado. Si de por sí es difícil dar el *salto de la fe*, hoy esta dificultad se intensifica.

2. La peculiaridad del escándalo cristiano

Solo llegados a este punto podemos comprender la peculiaridad del escándalo cristiano, lo que Ratzinger llama «positivismo cristiano o el imprescindible carácter positivo de lo cristiano»³³. Este *positivismo cristiano* es el verdadero escándalo de la fe cristiana pues no solo requiere creer en lo invisible y otorgarle actualidad a una persona del pasado, sino que nos pide otro salto: *creer* que lo invisible ha entrado *en* el mundo visible y que lo eterno ha entrado *en* el tiempo en la persona histórica de Jesús de Nazaret. En Él Dios se ha hecho *visible*: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9).

«En Jesucristo se ensamblan Dios y el hombre, el infinito y el finito, el creador y la criatura. El hombre ha encontrado su lugar en Dios»³⁴. En otras palabras, el escándalo cristiano más profundo une los otros dos escándalos que hemos explicado: creer que lo invisible se ha hecho visible y que lo pasado es actual. A nuestro juicio, la eucaristía —que toca el centro de la fe cristiana— es otro ejemplo del positivismo cristiano: Dios que es invisible se hace visible en las especies de pan y vino; el evento pascual de Cristo que tuvo lugar en un punto de la historia se hace actual en el altar. Del *más allá* al *aquí* y del *ayer* al *ahora*. En resumen, la fe no solo es creer en lo invisible y eterno, sino que exige superar el abismo y unir lo invisible y eterno a lo visible y temporal.

Con esto quiero decir que la fe cristiana no trata simplemente —como a primera vista pudiera pensarse— de lo Eterno como lo absolutamente Otro que queda fuera del mundo y del tiempo humano, sino que trata más bien de Dios *en* la historia, de Dios como hombre. La fe pretende ser revelación, ya que parece superar el abismo que yace entre lo eterno y temporal, entre lo visible e invisible, y porque a Dios nos lo presenta como a un hombre, al eterno como temporal, como uno de nosotros. Funda su pretensión de ser revelación en que ha introducido lo eterno en nuestro mundo³⁵.

En este punto nos encontramos con una paradoja: la fe suponía *dar un salto* hacia lo infinito, *creer* en lo invisible y eterno. Pero si Jesucristo es Dios que ha entrado en la historia, ya se ha hecho visible y temporal. Ese *salto infinito* que exigía la fe parece haberse reducido a una distancia que podemos

³³ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 51.

³⁴ J. RATZINGER, *Caminos de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2005², 67.

³⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 51.

recorrer, ya que «basta con que demos un par de pasos hacia ese hombre de Palestina para encontrarnos con Dios»³⁶. A primera vista podríamos pensar que todo es más fácil si podemos encontrar lo invisible y eterno en una persona de la historia. Pero con esto, ¿se elimina el escándalo? No, no se elimina, se agrava. «Lo que a primera vista nos parecía la revelación más radical [...] es a la vez el más extraordinario oscurecimiento y encubrimiento»³⁷. Si ya es difícil aceptar que exista lo invisible y eterno, más nos cuesta *creer* que ese infinito entre en la historia finita. ¿Cómo podríamos entregarnos a este positivismo de la fe cristiana en una persona que solo es un punto en la historia y asentar la salvación de todo el mundo sobre ella? Ratzinger deja ver que el escándalo cristiano se agudiza hoy, en un mundo que ha rebajado al hombre y su historia a un grano de arena insignificante en la inmensidad del cosmos: ¿Dios reducido a un punto? «¡Ni se te ocurra, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (*Mt* 16,22).

Solo cuando exacerbamos así el problema y vemos que tras el escándalo, a primera vista secundario, entre lo «pasado» y lo «actual», está el escándalo más serio del «positivismo» cristiano, de la «circunscripción» de Dios a un punto de la historia, solo entonces abordamos la cuestión de la fe cristiana en toda su profundidad, como debe hacerse hoy. ¿Es que podemos creer todavía? No, preguntémosnos aún más radicalmente: ¿es que no debemos, es que no tenemos la obligación de despertarnos del sueño y de entrar en la realidad?³⁸

3. Los límites de la comprensión moderna de la realidad

Ratzinger explica en su *Introducción al cristianismo* que el pensamiento moderno se ha hecho un nuevo concepto de verdad y realidad *a medida* de las ciencias naturales. Esta “verdad” constituye el requisito indispensable de nuestro pensamiento. Si recorremos la evolución del espíritu humano descubrimos tres formas distintas de situarse ante la realidad: la mágica, la metafísica y la científica. El mundo actual ya no se interesa por las dos primeras, pues «hemos dejado de buscar la cara oculta de las cosas, de sondear la esencia del ser. Creemos que es un trabajo inútil, pues nos parece que la profundidad del ser jamás la alcanzaremos»³⁹. Nos hemos contentado con aquella perspectiva que sí alcanzamos, la de lo visible en el sentido más amplio —la de los microscopios y telescopios—. Solo nos interesa investigar

³⁶ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 51.

³⁷ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 52.

³⁸ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 53.

³⁹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 54.

aquello que podemos descubrir en este campo: lo que podemos medir y demostrar. Nos hemos contentado con lo que aparece, con lo que puede medir el método de las ciencias naturales y, con el método, hemos reducido toda la realidad. Se trata de la *reducción de la ciencia y de la razón* que, a su vez, conlleva una *reducción de la verdad y del hombre*, tema que abordará magistralmente en el célebre discurso de Ratisbona en 2007.

Solo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio [...] Además, es importante para nuestras reflexiones constatar que este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero de este modo nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión⁴⁰.

Solo cuenta la certeza científica entendida reductivamente. Pero, de este modo, la pregunta por el sentido queda sin responder y, con ella, las preguntas fundamentales del ser humano⁴¹. El hombre mismo sufre una reducción: la razón queda mutilada y la fe extirpada.

Los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo⁴².

Ratzinger explica en nuestro libro cómo se ha llegado a esta postura. El primer estadio fue el historicismo que reemplazó la ecuación escolástica «verum est ens» por «verum quia factum». Lo único que podemos conocer como verdadero es lo que hemos hecho nosotros mismos, lo único que podemos comprender verdaderamente. El hombre solo puede conocer su *factum*, lo que él ha hecho. Pero con el paso del tiempo el historicismo se demostró problemático por la necesaria interpretación del hecho histórico y su ambigüedad. Se llega entonces al segundo estadio: el paso al pensar técnico que reemplaza el «verum quia factum» por el «verum quia faciendum». La verdad para el hombre ya no tiene que ver ni con el ser ni con el hecho histórico, sino con la transformación y configuración del mundo. «Así, lo que es la verdad no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es lo que tenemos que hacer: lograr una sociedad mejor»⁴³. Se trata de un nuevo concepto de

⁴⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en el aula magna de la universidad*, Ratisbona (12 de septiembre de 2006). Original en alemán: AAS 98 (2006), 728-739.

⁴¹ Cf. J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 127.

⁴² BENEDICTO XVI, *Discurso en el aula magna...*

⁴³ J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 65.

verdad que remite al futuro y a la acción. El hombre solo puede conocer lo que puede repetir en sus experimentos, lo que inventa con su tecnología, lo que se proyecta hacia el futuro. No es difícil captar por qué «la *techne* se convierte en la auténtica posibilidad y en el auténtico deber del hombre»⁴⁴. Ya no importa el pasado, solo el progreso y todo lo que el hombre puede llegar a hacer.

A pesar de que —como sostiene Ratzinger— la fe sí tiene que ver con la historia y con la transformación del mundo, los intentos de reducirla y situarla en esos planos fracasan como demuestra la historia. Cuando alguien cree, «no idea un programa de activa transformación del mundo ni se asocia a una cadena de acontecimientos históricos»⁴⁵. La fe no se trata de *saber* hechos históricos o de *hacer* transformaciones para un mundo mejor. No. Sí tiene que ver con ese *saber-hacer*, pero es más que eso. Entonces, ¿qué lugar le corresponde a la fe? Aquí nuestro autor llega a un punto clave en su exposición sobre la estructura de la fe:

A modo de ensayo, y para poner de relieve lo más característico, diría yo que el acontecimiento de la fe no pertenece a la relación saber-hacer, tan específica del ámbito espiritual del pensar factible; el acontecimiento de la fe se expresa mejor con la relación permanecer-comprender⁴⁶.

III. ¿Qué significa creer cristianamente?

1. *La fe como permanecer – comprender*

Ratzinger afirma que la versión de la LXX del texto de *Is* 7,9: «Si no creéis, no comprendéis», es perfectamente compatible con la original del texto hebreo: «Si no creéis, no permaneceréis» o «Si no creéis, no tendréis apoyo». La raíz hebrea *'mn* (amén) que tiene muchos significados (verdad, solidez, firmeza, suelo, confiarse, abandonarse a algo, creer) permite ambas traducciones que, de hecho, están relacionadas: *permanecer-comprender*⁴⁷. La encíclica *Lumen Fidei* —escrita principalmente por Benedicto XVI, aunque publicada por Francisco— dice que San Agustín hizo una síntesis de *permanecer-comprender* al relacionarlos con la verdad en sus *Confesiones*, «cuando habla de fiarse de la verdad para mantenerse en pie: “Me estabilizaré y consolidaré en ti [...], en tu verdad” (*Confesiones* XI, 30, 40)»⁴⁸.

⁴⁴ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 60.

⁴⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 62.

⁴⁶ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 63.

⁴⁷ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 63-64.

⁴⁸ FRANCISCO, Enc. *Lumen Fidei* (29 de junio de 2013), n. 23.

La fe no se sitúa en el plano del *saber-hacer*; «no se puede hallar en la estructura de esa forma de saber»⁴⁹. No, la fe nunca aparecerá en ese plano y, como hemos visto, todo intento de *ponerla sobre la mesa* fracasa. La fe es confiarse a *Algo* —o *Alguien*— que no es ni *factum* ni *faciendum*. Por ello, si queremos comprender qué es la fe hemos de situarla en una dimensión diferente. Aquí Ratzinger propone el *lugar* que le corresponde a la fe: no *dentro*, sino *fuera* del saber factible. Si no entendemos cuál es ese *lugar* jamás descubriremos hacia dónde apunta el acto de fe del cristiano ni el significado de la frase «yo creo». Frase que implica un verdadero salto de una dimensión a otra, de lo visible a lo invisible, de la realidad al *fundamento* de la realidad.

El penetrante «quizá» con que la fe cuestiona al hombre de todo tiempo y lugar, no alude a la inseguridad *dentro* del saber factible, sino que es poner en tela de juicio lo absoluto de ese ámbito, es su relativización como único plano del ser humano y del ser en general⁵⁰.

La fe es, pues, una forma de saber. Pero un saber que no está en el plano del *saber-hacer*, sino del *permanecer-comprender*. Ambas formas de saber son legítimas y necesarias, ninguna se disuelve en la otra. Sin embargo, como es evidente, el mundo contemporáneo ha cancelado aquella forma de saber que es propia de la fe y le ha negado toda legitimidad. Una forma se pregunta por la factibilidad y la otra por el sentido. Llegamos a la conclusión de todo lo que hemos dicho hasta ahora:

Podemos afirmar que la fe, en el sentido del credo, no es una forma imperfecta de saber, una opinión que el hombre puede o debe remover con el saber factible. Es más bien, y esencialmente, una forma de actitud espiritual, que existe como propia y autónoma junto al saber factible, pero que no se refiere a él ni de él se deduce. Pues la fe no está subordinada ni a lo factible ni a lo hecho, aunque tenga algo que ver con ambos, sino al ámbito de las grandes decisiones a cuya responsabilidad no puede sustraerse el hombre y que, en rigor, solo se pueden realizar de *una* forma. A esta forma la llamamos fe⁵¹.

¿Qué quiere decir, entonces, que el que cree *permanece* y *comprende*? Quiere decir que el creyente *permanece* en un fundamento que recibe al creer, fundamento que *comprende* como verdad, logos, sentido. El significado exacto de lo que llamamos comprender es «captar el fundamento

⁴⁹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 64.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 65.

sobre el que nos mantenemos como sentido y como verdad; reconocer que el *fundamento* significa *sentido*»⁵².

2. *¿Qué es propiamente la fe?*

Una vez que ha identificado la fe con «una forma de actitud espiritual» – única forma de hacer las grandes decisiones frente a la realidad– y que la ha situado en el plano del *permanecer-comprender*, Ratzinger da su respuesta sobre lo que es propiamente la fe: «la fe es la forma de situarse firmemente el hombre ante toda la realidad, forma que no se reduce al saber ni que el saber puede medir»⁵³. La fe es la orientación que precede todas nuestras acciones y cálculos, porque todo actuar humano solo es posible si hay un sentido que lo sostiene. El hombre no vive solo de lo que puede hacer con sus manos, sino que vive, sobre todo, de la palabra, del amor, del sentido. Y a todo ello accede gracias a la fe.

Por mucho que el hombre amplíe su saber científico y descubra todo el genoma humano, por mucho que adelante en tecnología y perfeccione la medicina, si no tiene un sentido no podrá vivir. El sentido no viene del saber de la factibilidad ni nos lo podemos dar a nosotros mismos. «El sentido que se ha hecho a sí mismo no es al final sentido. El sentido, es decir, el suelo en que nuestra existencia puede permanecer y vivir, no se puede construir, solo se puede recibir»⁵⁴.

Para Ratzinger «creer cristianamente significa confiarse al sentido que me sostiene a mí y al mundo, considerarlo como el fundamento firme sobre el que puedo permanecer sin miedo alguno»⁵⁵. La fe es una adhesión a Dios que llena de confianza por la certeza de que Él sostiene al mundo y a nosotros en él⁵⁶. Muchos años más tarde dirá, como papa, que los primeros creyentes «habían encontrado una “base” mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar [...] La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse»⁵⁷. Creer cristianamente es, entonces, afirmar que existe un sentido que nos sostiene, que no nos podemos dar a nosotros mismos, sino solo aceptarlo, acogerlo y fiarnos de él.

⁵² J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 69.

⁵³ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 66.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ Cf. J. RATZINGER, *Fe y futuro*, 23.

⁵⁷ BENEDICTO XVI, Enc. *Spe Salvi* (30 de noviembre de 2007), n. 8.

Por todo lo anterior, la fe cristiana constituye «una doble afrenta a la actitud predominante hoy en el mundo»⁵⁸. Por una parte, el fenomenologismo y positivismo nos impelen a aceptar la verdad científica como la única verdad absoluta y a limitarnos solo a lo *visible* y *aparente*. A esta falsa pretensión la fe cristiana responde: *yo creo en lo invisible*. Por otra parte, el imperio de la *techne* nos exige confiar en lo factible, solo en lo que el hombre puede hacer. A este *falso suelo* sobre el cual permanecer la fe cristiana responde: *yo creo en el sentido que recibo o acojo y que yo nunca podré darme ni hacer*. En pocas palabras, la fe cristiana es creer en el primado de lo *invisible* sobre lo *visible*, del *recibir* sobre el *hacer*. En este acto se involucra toda la persona que recibe y responde a la llamada de otra Persona (al Otro)⁵⁹, como veremos en la última parte.

¿Qué es entonces la fe? Es un acto que llega hasta el centro de la persona, sigue afirmando Ratzinger. Aquí podemos apreciar el trasfondo existencialista de su pensamiento, en el que la unitotalidad de la persona desempeña un papel importante. La fe implica así toda la persona: ideas, ética, sentimientos. Es un acto que abarca la totalidad de la persona, todas sus facultades y dimensiones. Sin embargo, al mismo tiempo nos recuerda también que no podemos quedarnos sin más en una estructura antropológica, sino que hemos de llegar a la dimensión teologal, que es el origen de toda la estructura antropológica del acto de fe. Por eso a la fe se le puede y se le debe llamar también don, gracia, regalo por parte de Dios. Es este su principal origen... La iniciativa la lleva Dios: la fe es sobre todo un don que puede ser acogido⁶⁰.

3. La razón de la fe

Para Joseph Ratzinger el inicio y el fin de nuestro credo —«Creo» y «amén»— están estrechamente vinculados desde su significado más profundo, generando una *inclusión* que encierra y envuelve todo el contenido de nuestro símbolo de fe. La raíz *'mn* es la misma para ambas palabras. «Amén», por lo tanto, expresa también lo que significa creer: permanecer firmes y seguros en el fundamento que nos sostiene. Esta entrega confiada a un sentido que nos es dado no significa abandonarse a lo irracional y abandonar, a la vez, la razón. Es justo lo contrario. Solo abandonándonos a aquel fundamento es como encontramos el sentido y la verdad de nuestra existencia.

Esto no significa que lo que aquí sucede sea ponerse a ojos cerrados en manos de lo irracional. Al contrario, es acercarse al «logos», a la *ratio*, al

⁵⁸ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 67.

⁵⁹ Cf. P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 293.

⁶⁰ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 293.

sentido y por tanto a la verdad misma, ya que el fundamento en el que se apoya el hombre no puede ni debe ser, a fin de cuentas, más que la verdad⁶¹.

Llegamos a una última antítesis entre la fe y el *saber de lo factible*. Este *saber de lo factible* es positivista y se remite a lo que puede medirse con el método de las ciencias naturales. No busca la verdad. Ha renunciado a ello por el propio método. Como hemos dicho, este es el tipo de saber y conocer que impera hoy. Con esto hemos reducido la verdad y autolimitado el alcance de la razón a lo que puedan comprobar nuestros experimentos, contentándonos con la exactitud y la coherencia. ¿La verdad? ¿A quién le importa? *Quid est veritas?* (Jn 18,38): No nos interesa. Solo nos interesa la utilidad de las cosas: «al dejar de preguntarnos por la cuestión del ser y al transmutarse en el *factum* y el *faciendum*, se cambia totalmente el concepto de verdad»⁶².

Esto es lo que ha pasado en nuestra época. Hemos renunciado a la búsqueda de la verdad y lo peor es que –tal como Ratzinger ha tratado de explicar en este libro– no nos damos cuenta de ello. Creemos que somos cada vez más poseedores de la verdad por el mero hecho de que se amplían nuestros conocimientos científicos y la tecnología avanza vertiginosamente. La verdad la vamos creando nosotros con nuestro progreso, pero una verdad que nosotros mismos creamos, no es verdad. Ratzinger insiste en varias de sus obras y conferencias en que esta *ilusión de verdad* solo puede ser superada si se le somete a un juicio crítico de la conciencia. Este juicio crítico es lo que ha desarrollado en la parte introductoria de su *Introducción al cristianismo* y que hemos intentado exponer en este trabajo. Por esto, algunos autores lo llaman «crítico de la modernidad»:

El teólogo Joseph Ratzinger [...] no solo como docente académico sino también en su período como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, tomó una y otra vez posición de forma aguda ante la problemática representada por expresiones como «dialéctica de la Ilustración» o «destino y esperanzas del mundo moderno». Afirmaciones al respecto pueden encontrarse ya en la obra *Einführung in das Christentum [Introducción al cristianismo]*, cuya primera edición en alemán fue publicada por el entonces profesor de Tubinga en 1968, así como también en conferencias que el cardenal Ratzinger pronunció antes de su elección como papa⁶³.

Cuando el cristiano dice «yo creo» y «amén» está diciendo que confía en ese fundamento sólido que *recibe* al aceptar la fe. Si estas palabras (raíz 'mn) significan fidelidad, permanecer, verdad y otras relacionadas, el cris-

⁶¹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 68.

⁶² J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 68.

⁶³ U. RUH, «Joseph Ratzinger, crítico de la Modernidad», en F. MEIER-HAMIDI – F. SCHUMACHER (Eds.), *El teólogo Joseph Ratzinger*, Herder, Barcelona 2007, 204.

tiano que las pronuncia está diciendo: *es la verdad la que me sostiene y da sentido a mi vida*. El cristiano *comprende* que «el fundamento que da sentido, el “logos” en el que nos mantenemos, en cuanto sentido es también verdad. Un sentido que no fuese verdad, sería un sin-sentido»⁶⁴. La fe no es irracional. Al contrario, solo con la fe —y la razón que se atreve a volar más allá del techo autoimpuesto por la modernidad— se alcanza el verdadero sentido de la vida. Ratzinger está convencido de que la fuerza del cristianismo está justamente en la síntesis de razón, fe y vida: «podemos afirmar que el vigor del cristianismo, que lo convirtió en religión universal, consistió en su síntesis entre la razón, la fe y la vida»⁶⁵.

Como conclusión de este apartado proponemos el siguiente silogismo: quien tiene fe acepta un fundamento que le viene dado: *permanece*; quien permanece en ese fundamento lo reconoce como sentido y como verdad: *comprende*; quien dice «yo creo» *permanece* y *comprende*, alcanza la verdad o, mejor, se deja alcanzar por la Verdad, el Sentido, el Logos. La comprensión nace de la fe. Por eso Ratzinger habla de «la razón de la fe».

Si esto es así, la comprensión no solo no se contrapone a la fe, sino que constituye su auténtico contenido. Ya que el saber de lo funcional del mundo, cosa que nos brinda el pensamiento técnico-científico-natural, no aporta ninguna comprensión del mundo ni del ser. La comprensión nace exclusivamente de la fe. Por eso, una tarea primordial de la fe cristiana es la teología, el discurso comprensible, lógico (*rationale*, racional-inteligible de Dios) [...] La fe y la comprensión van tan parejas como la fe y la permanencia, porque permanecer y comprender son inseparables⁶⁶.

4. El carácter personal de la fe cristiana

Finalmente, llegamos al «rasgo más fundamental de la fe cristiana: su carácter personal»⁶⁷. El acto de fe —o la fe en acto— no es simplemente una opción por un fundamento espiritual del mundo o una energía cósmica espiritual. Ratzinger especifica que el cristiano no dice «creo en algo», sino «creo en ti».

No son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobier-

⁶⁴ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 69.

⁶⁵ J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 153.

⁶⁶ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 70.

⁶⁷ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 71.

na las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona⁶⁸.

En Jesucristo Dios sale al encuentro del hombre y entra *en* la historia para siempre. «Mediante el encuentro con Cristo, Dios viene hacia nosotros y nos atrae dentro de sí (cf. *Jn* 12,32), para llevarnos, por decirlo así, más allá de nosotros mismos hacia la inmensidad infinita de su grandeza y su amor»⁶⁹. Para Ratzinger la fe cristiana «es encuentro con el hombre Jesús y en ese encuentro experimenta el sentido del mundo como persona»⁷⁰. Sí, la fe es *encontrarse* con una Persona que tiene la capacidad de sostenernos y dar sentido a toda nuestra existencia porque nos ama hasta el extremo (cf. *Jn* 13,1), porque su amor es más fuerte que la vida y que la muerte, porque su amor nos promete eternidad (cf. *Jn* 11,25). Esta convicción que compartía a sus alumnos de Tubinga vuelve en su primera encíclica como papa:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva⁷¹.

La fe cristiana no es creer en un sistema de verdades, sino una entrega personal⁷². Este carácter personal de nuestra fe es importantísimo: no podemos renunciar a ello, es totalmente esencial al cristianismo y «afecta al corazón mismo de la fe bíblica»⁷³. La fe nos abre a una relación yo-Tú que caracteriza toda la vida cristiana. El cristiano *permanece* en Jesucristo y lo *comprende* como Aquel que da sentido y verdad a toda su existencia. Porque Él mismo es el Logos y la Verdad.

Creando, el cristiano entra en *comunión* con un Tú: Jesucristo. «La fe es más que una palabra, más que una idea: significa entrar en comunión con Jesucristo y, a través de Él, con el Padre»⁷⁴. Un encuentro con una persona requiere a su vez una respuesta, por eso el acto de fe será siempre un acto profundamente personal entre un yo y un Tú, un acto de *comunión*.

El acto de fe es un acto hondamente personal, anclado en la hondura más íntima del hombre. Y justamente porque es un acto personal es un acto de

⁶⁸ BENEDICTO XVI, Enc. *Spe Salvi*, n. 5.

⁶⁹ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret Escritos de cristología*, Obras completas, VI/1, BAC, Madrid 2015, 457.

⁷⁰ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 71.

⁷¹ BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), n. 1.

⁷² Cf. J. RATZINGER, *Fe y futuro*, 25.

⁷³ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 26.

⁷⁴ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret...*, 461.

comunión. El acto de fe es participación de la visión de Jesús, es un apoyarse en Jesús. Es así como el discípulo Juan se convierte para Ratzinger en un símbolo de la fe, puesto que se apoya en el pecho de Jesús. Fe es comunión con Jesús y, de ese modo, liberación para aquella verdad que el mismo Jesucristo es en persona⁷⁵.

En definitiva, la fe es creer en Alguien que me conoce y que me ama, es «un encuentro entre dos libertades: la de Dios y la de cada creyente. La fe es, en primer lugar, escucha, respuesta humana a la iniciativa amorosa de Dios que se revela»⁷⁶. El cristiano se sabe conocido y amado y, por ello, confía en esa Persona con seguridad. Viviendo en relación con Jesucristo, entrando en comunión con Él, el cristiano alcanza la *vida verdadera*.

Es obvio que con este «vivir en relación» se entiende un modo de existencia bien concreta; se entiende que fe y conocimiento no son un saber cualquiera que tiene el hombre entre otros saberes más, sino que constituyen la forma de su existencia. Aunque en este punto no se habla del amor, es evidente sin embargo que el «conocimiento» de aquel que es el amor mismo se convierte en amor en toda la magnitud de su don y su exigencia⁷⁷.

Así emerge la intrínseca correlación entre fe, esperanza y caridad. «En efecto, “esperanza” es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” parecen intercambiables»⁷⁸. Pocos años después de *Introducción al cristianismo* dirá en una charla radiofónica que decir «creo en ti» equivale a «confío en ti, pongo mi confianza en ti; quizá incluso: me apoyo en ti»⁷⁹. La expresión «creo en ti» engloba las tres virtudes teológicas. Cuando el cristiano la pronuncia está diciendo: *creo que tu amor me sostiene y da sentido a mi vida, espero que este amor que ya poseo y me posee llegue un día a plenitud y pueda entrar en comunión de amor contigo cara a cara*.

La fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, una misma cosa, y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del «yo creo en ti», del descubrimiento de Dios en el rostro del hombre Jesús de Nazaret⁸⁰.

⁷⁵ E. DIRSCHERL, «Dios y el hombre como seres relacionales. La figura conceptual teológica y antropológica de Joseph Ratzinger a partir de la cristología», en F. MEIER-HAMIDI – F. SCHUMACHER (Eds.), *El teólogo Joseph Ratzinger*, Herder, Barcelona 2007, 105.

⁷⁶ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 293.

⁷⁷ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret...*, 452.

⁷⁸ BENEDICTO XVI, Enc. *Spe Salvi*, n. 2.

⁷⁹ J. RATZINGER, *Fe y futuro*, 23.

⁸⁰ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 71.

Conclusión

Hemos visto que la fe, considerada general y formalmente, es una actitud espiritual de *apertura* a la totalidad de la realidad. Es *creer* que hay *Algo* más allá de lo visible. Esta decisión existencial supone un *salto* «porque el hombre ha sido creado de tal manera que sus ojos solo pueden ver lo que no es Dios»⁸¹. En nuestros días se hace especialmente difícil esta apuesta por lo invisible porque el pensamiento moderno reduce la realidad a lo que podemos medir o demostrar experimentalmente. Además, nada que haya sucedido en el pasado parece tener un valor perenne. Por eso, la fe cristiana va *contra corriente* hoy más que en otras épocas. El núcleo del *escándalo* que genera nuestra fe es el *positivismo cristiano*. No solo decimos: *Dios existe*, sino: *Dios existe y ha entrado en la historia en la persona de Jesús de Nazaret*.

Una vez considerada la *actitud* de fe como esa apertura a la realidad, hemos llegado a lo que significa nuestro *acto* de fe cristiano («yo creo»): acoger un sentido sobre el que puedo permanecer seguro. Sí, la fe alcanza el sentido, el logos, la verdad o, mejor, por la fe nos dejamos alcanzar por el Sentido, el Logos, la Verdad. La forma con la que el hombre entra en contacto con la verdad del ser no es, como hemos dicho, la forma del saber factible, sino la forma del comprender. Esta es la forma de la fe⁸².

Crear cristianamente significa confiarse al sentido que me sostiene a mí y al mundo, considerarlo como el fundamento firme sobre el que puedo permanecer sin miedo alguno. Hablando más tradicionalmente, podríamos decir que creer cristianamente significa comprender nuestra existencia como respuesta a la palabra, al logos que todo lo sostiene y soporta⁸³.

Ahora bien, para el cristiano este fundamento —que es sentido, logos, verdad— no corresponde a un principio impersonal, sino a una Persona. El rasgo más fundamental de la fe cristiana es su carácter personal. Esto quiere decir, primero, que el sentido básico del cristiano es un *Tú* y, en segundo lugar, que el acto de fe toca hondamente a la persona. La fe es iniciativa de «otra Persona (al Otro) que sale a mi encuentro, penetra en mí y hace que me abra. Su secreto radica en pronunciar un “tú” que me lleva a pronunciar un “sí” a Dios en Jesucristo»⁸⁴.

Como conclusión, sostenemos que creer cristianamente comporta una decisión de apertura —*conversión*— a la totalidad de la realidad (*actitud* de

⁸¹ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 48.

⁸² Cf. J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 69.

⁸³ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 66.

⁸⁴ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 293.

fe). Esta apertura permite dejarnos encontrar por Otro que *no vemos* y decir: «yo creo», «yo te creo», «yo creo en Ti» (*acto de fe*). Se trata de un encuentro que nos dará un conocimiento. «La fe tendrá por tanto un claro componente personal y existencial, pero a la vez nos proporcionará un conocimiento cierto»⁸⁵. A fin de cuentas, creemos porque confiamos. «La fe nace de la confianza [...] pero trasciende el puro ámbito afectivo para llegar al intelectual, a la misma razón»⁸⁶. Sí, la fe *primero* es un encuentro y *después* comprensión. La fe nos lleva al conocimiento de la Verdad y del Amor. Solo el amor puede dar sentido a nuestra vida, por eso la fe nos sostiene: si creéis, permaneceréis (cf. *Is* 7,9). La fe es decir «sí» a Jesucristo que nos llama: «permaneced en mi amor» (*Jn* 15,9).

A lo largo de este trabajo nos hemos preguntado por el significado del acto de fe (o de la fe cristiana como acto) presentado por Joseph Ratzinger en *Introducción al cristianismo*. Ahora, como conclusión y síntesis final, dejemos que sea él mismo quien responda: «La fe cristiana es encontrar un tú que me sostiene»⁸⁷.

⁸⁵ P. BLANCO, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, 84.

⁸⁶ P. BLANCO, «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 292.

⁸⁷ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 71.